

Revisitar la mirada sobre la escuela.

María Laura Bianchini*

NICASTRO, S. (2006) *Revisitar la mirada sobre la escuela. Exploraciones acerca de lo ya sabido*. Homo Sapiens Ediciones. Buenos Aires.



Sandra Nicastro en su libro nos presenta una mirada diferente acerca del análisis institucional. Propone seguir pensando la escuela en su cotidianeidad, lo que pasa y lo que no pasa, las voces y los silencios que nos brindan estos espacios. Seguir problematizando lo que sabemos, volver a mirar, esto es lo que la autora denomina: *revisitar*, renunciando a la “... operación típica del discurso pedagógico moderno...” (p. 14), es decir, al encuentro del investigador con un objeto que conocemos y que creemos probable cambiar. En este sentido, propone: problematizar lo ya sabido ante la evidencia de que “...en la escuela pasan cada vez más cosas que no hemos anticipado como posibles y no ocurren aquellas que pretendemos volver realidad...” (p.15). Apoyándose en la ineficacia de calcular lo posible y lo probable (el saber) y llevarlo a la práctica –hacerlo real– es que propone que em-

* Auxiliar de investigación del Núcleo de Estudios Educativos y Sociales (NEES). Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. – Tandil – Argentina.
E-mail: mlbianchini@rec.unicen.edu.ar

pecemos a estimar o a mirar lo imposible, luego de haber conocido lo posible.

Problematizar la realidad supone una posición crítica acerca de nuestros saberes sobre la realidad escolar; poner en cuestión nuestra propia percepción acerca de la escuela, nuestra mirada, ponernos en cuestión como sujetos cognoscentes, hacernos otras preguntas, intentando ir más allá de los formatos escolares habituales.

“De este modo aceptamos, como una condición propia de este visitar, el no perseguir propósitos tales como hallar lo correcto, adscribir a las reglas del buen decir, ver más de lo que se hace posible, como así tampoco guiarnos por lo que se estime correcto, por lo estándar y clasificable”(p. 21).

En el capítulo I explica en profundidad el significado de visitar y las variables que lo entrecruzan. Una de las características más importantes que le adjudica es ser una palabra *controvertida* dado que *“...puede alterar la comodidad propia de quien se sostiene en lo ya sabido”* (p. 25), en el saber; volver a mirar, supone un ir hacia atrás, volver a mirar lo que ya sabemos como sujetos cognoscentes y volver a cuestionarlo. Por otro lado, lo liga a la repetición, proponiendo no usar el campo simplemente como un contexto de verificación, constatación de lo que se viene diciendo, sino como un contexto de exploración y prueba, de ensayo. Por último, lo define como una idea que genera controversia, dado que no establece como propósito del *visitar* la comprensión de lo acontecido en función de una relación causa-efecto, sino como un entramado más complejo, mediado por la reflexión, la ambigüedad y lo que no se puede nombrar.

Entre una de las variables que se introduce aparece el visitar en relación con el *tiempo*, acercando ese “volver a mirar” a un acto de descubrimiento y construcción y no a un acto casi nostálgico de mirar el pasado, sino una mirada del presente en relación al pasado y con lo que vendrá. A su vez, esto supone una idea de *intervención*, no como intrusión, sino como

un reubicarse en espacios, presencias, miradas: revisitarse la cotidianeidad de la escuela mirando las experiencias y el desarrollo de una trama subjetiva. En este sentido, la posición del que vuelve a mirar en relación al objeto de estudio son distintas, el sujeto que mira queda implicado en la realidad y la idea de neutralidad comienza a ser cuestionada.

Todo acto de revisitarse, de intervención, supone la necesidad de un marco de referencia como mediador en la relación entre el sujeto y el objeto. Pero en este caso no se hace mención a un inventario de categorías teóricas con las que enfrentamos la realidad escolar, sino a un esquema de análisis que se construye y reconstruye.

Es decir, el acto de revisitarse la escuela nos pone frente a prácticas y hechos que por saberlos conocidos no abren a nuevos conocimientos y terminan naturalizándose como tales. Aquí introduce la autora la cuestión de las ilusiones y desengaños que generan tensión entre los sujetos ubicados en distintas posiciones, el “fenómeno de los mundos superpuestos”, mi mundo y el del otro. Ante lo cual y a fin del acto de revisar propone una distancia que no fortalezca el mito de unos y de otros.

Por último, Nicastro propone recuperar los sentidos que se inscriben en discursos y prácticas concretas, es decir, el *sentido de lo escolar* en el acto de revisitarse la escuela. Pero, muchas veces las representaciones que alguien tiene sobre el alumno, el docente, el ambiente del aula, no se ajusta por completo a la realidad que se muestra. Es decir, el sentido de los hechos, las prácticas, son vistas como certezas incuestionables, a pesar de que las mismas están siendo cuestionadas, por ejemplo: “*los docentes que están por jubilarse no tiene interés por cambiar nada*” (p. 60). De esta forma, analiza el *sentido* en relación con la historia y los mitos que se creían válidos e incuestionables para todos y que no lo son, apareciendo en su lugar la idea de pluralismo y relativismo. En otros términos, asistiendo a la crisis de lo que se da por supuesto, conocido, lo ya sabido.

Aquello que le permite al sujeto identificarse con lo colectivo, los múltiples sentidos y sinsentidos que se dan en la vida cotidiana de la

escuela, que se van construyendo en la relación de las experiencias de cada uno de los actores con respecto al otro es lo que define el *sentido de lo escolar*, un escenario en el que van apareciendo actores en donde cada uno le otorga un sentido distinto al objeto. Es en el análisis de estas situaciones donde la autora propone volver la mirada.

¿Cómo mirar la escuela? ¿Bajo que principios, posiciones, significados? Estos son los interrogantes que Nicastro se hace para desarrollar el Capítulo II. Miramos la escuela desde un encuadre que no significa un molde o modelo que no permite captar lo inédito, sino desde un conjunto de variables que dan forma, reglas que enmarcan la situación. En este sentido, menciona tres cuestiones que hacen a la posición de cada uno en el acto de mirar la escuela: en primer término, el lugar de la neutralidad, poniendo en cuestión las miradas que pretenden ser neutrales, dado que los observadores¹ analizan los procesos que los atraviesan y de esta forma es difícil mantener la neutralidad. En segundo lugar, promover miradas situacionales, entendiendo por tales que al mirar no se pretende captar la situación verdadera, la mejor (porque ésta no existe como tal), sino que es un significado institucionalmente construido. La mirada situacional renuncia a entenderlo y captarlo todo de una vez y para siempre, en ello se justifica el acto de revisitar, pues la situación es un espacio de producción de relaciones y en la escuela estas resultan ambivalentes, cambiantes. En tercer lugar, el trabajo de revisitar requiere a su vez de una escucha que deje en suspenso las explicaciones habituales, las certezas, una “*escucha osada*” que abra el diálogo con dimensiones hasta ahora olvidadas, que cuestione aspectos ya sabidos para develar aspectos no conocidos.

En este sentido, ¿*qué mirar?* ¿*“lo que hay”* o *“lo que queda” de la escuela?* Si se mira *“lo que queda”* me detengo en las ruinas, lo que queda de algo no conocido, recuperando la nostalgia de los actores y la melancolía por aquello que ya no es. En cambio, si se mira la escuela desde *“lo que hay”* se apuesta a un trabajo de construcción permanente y no al control de los efectos; lo cual supone enfrentarse a una historia

multireferencial y no cerrada y unitaria, a la falta de certezas, con ánimo de entender el presente ligado al pasado y pensando el futuro.

En relación a esta última postura, el observador queda sujeto a no dejar de mirar, dado que en todo acto de revisitar existen cosas que pasan inadvertidas y otras que no. Por ejemplo, en un salón de clase hay alumnos que se muestran callados y al no exponerse se vuelven invisibles, y otros que se exponen ante la vigilancia del otro creando de esta forma relaciones de visibilidad e invisibilidad. Por otro lado, también hay *miradas atrapadas* que nos muestran sólo lo extraño y no dejan ver más; *miradas que provocan odio*, intolerancia acerca del otro porque desentona del paisaje habitual, como por ejemplo: una docente que considera que ya no vale la pena hacer esfuerzos por enseñarle a sus alumnos porque no les interesa aprender. Esto genera un acto de exclusión.

Entonces, volver a mirar, revisitar supone acarrear un tipo de conocimiento que genera movimiento, desafía certezas, hace preguntas, por ello. La autora propone comenzar a pensar la escuela como complejidad, aludiendo a la incertidumbre, la dificultad, la multireferencialidad de un escenario en el cual las relaciones unicasales y lineales no alcanzan para dar cuenta de la dinámica de la misma.

En este sentido y para complejizar la propuesta de revisitar la mirada sobre la escuela, en el Capítulo III propone volver a mirar la relación pedagógica, intentando poner en escena la realidad del trabajo docente, preguntándose no sólo sobre los efectos que el docente provoca sobre sus alumnos, sino cómo ellos contribuyen a su formación. Para esto, la autora analiza algunas condiciones de la relación pedagógica que colaboran con este revisitar, intentando promover el entendimiento entre el docente y el alumno, sin que esto tenga que ver sólo con el saber que el docente posee, sino con hacerle un lugar al alumno, generar situaciones que funcionen como *mediadoras* del acto pedagógico. Situaciones donde se enseñe y se aprenda con otros y se promueva la libertad, movilidad y flexibilidad para que el alumno construya su futuro.

De esta forma Nicastro invita a “volver a mirar” donde en la relación con el otro prime la acción, haciendo referencia no sólo a la función mediadora de la relación pedagógica, sino también al funcionamiento de tipo *heroico* que puede tener una dinámica de trabajo en donde prevalece en el imaginario del docente la idea de salvar, proteger, acompañar desde el saber al otro. Al encuentro con el otro y a la necesidad de dar sentido a la dinámica de trabajo en una utopía, una ilusión grupal, recuperando aquí la melancolía por lo que era antes la escuela, los alumnos y depositando sobre ellos ideales que saben que no se concretarán porque si así fuera supondría una negación del tiempo presente. Se suma como consecuencia a su vez de lo anterior, el agotamiento de la ilusión que se ilustra en los silenciamientos característicos de la relación pedagógica, que suponen la intolerancia de unos sobre otros.

Por otro lado e intentando completar el sentido y las condiciones de volver la mirada sobre la relación pedagógica, se introduce otro fenómeno que sólo se da en el encuentro con el otro: el malentendido, al mismo lo define como un atributo de la relación pedagógica asociado a la idea de diferencia, heterogeneidad, con el cual se puede lidiar a través del cultivo de la confianza en la relación con el otro. Por el contrario, un desacuerdo lo relaciona con la idea de conflicto entre quienes de una misma palabra entienden cosas distintas.

En este contexto de relación del sujeto con el mundo y con los otros, *la palabra* adquiere un lugar común en el cual se encuentran cada uno de los participantes de un diálogo. Las palabras se mantiene a lo largo del tiempo, sin embargo sus significados y sentidos van variando. En el espacio escolar y en el mismo acto de revisitar existen relatos, palabras que requieren ser oídas y fundamentalmente interrogadas respecto de sus significados, dejando de lado la tendencia a la naturalización de los mismos.

En el último capítulo, la autora se propone revisitar algunos conceptos de uso habitual en el análisis institucional, entre ellos el espacio

escolar y el tiempo institucional. Respecto del espacio escolar comienza aludiendo a la polisemia de término, desglosando lo que sería el espacio físico y material de la escuela que tiene que ver con el espacio exterior al sujeto que sirve como envase del funcionamiento de la institución. Y por el otro, al espacio en el cual se lleva a cabo una experiencia, es decir al lugar donde se materializa la dimensión simbólica del espacio escolar, el lugar de las interrelaciones, los modos de hacer, la enseñanza, el aprendizaje, la relación con otros, etc. De esta forma la autora propone volver a mirar el espacio escolar como lugar, no sólo caracterizar el espacio físico de la escuela para luego interrogarse por las relaciones que allí se tejen, sino advertir que esas relaciones pueden leerse de otro modo, pueden producir situaciones escolares distintas.

Por su parte, revistar la cuestión del tiempo en la escuela supone un ejercicio en donde debe tener lugar la sorpresa, no debe dar la sensación de que todo se ha detenido y sigue igual en el tiempo, porque justamente en el acto de revisitar quedan atrapados la invisibilidad de los otros y la ajenidad del que mira, lo cual puede producir un empobrecimiento narrativo, una narración estereotipada y memoriosa que surge a partir de la turbulencia que genera la problematización de las prácticas. En este sentido la autora afirma que al revisitar la cuestión del tiempo en la escuela se pueden generar dos rasgos: por un lado el avasallamiento del pasado sobre el presente que supone una relación de dependencia con un tiempo pasado que fue mejor; y por el otro, el aplastamiento de la memoria que instala un tiempo presente perpetuo, que interrumpe el proceso de historización, unificando el funcionamiento de la institución y quedando atrapados en lo imprevisto, lo urgente.

Volver a mirar, revisitar, problematizar lo ya sabido implica como desafío intentar quebrar esa imposibilidad de historización y no caer en la melancolía y nostalgia de “aquel tiempo vivido fue mejor”. Implica recuperar la temporalidad y poner en marcha de a poco un proceso de historización subjetivante.

Respetando los principios y condiciones que definen al acto de revisitar, la autora cierra momentáneamente su libro, interrumpe su análisis para seguir revisitando el espacio escolar, su cotidianeidad, sus visibilidades e invisibilidades, las escuchas osadas y las palabras silenciadas, los malentendidos, las relaciones con los otros; y aclarando que su propuesta: “... *no es sólo una técnica, un método, ni tampoco un contenido, sino el modo que adopta una manera de estar, de ocupar una posición, de habitar un lugar, de vivir el tiempo*” (p. 169). Éste es su aporte, invitando a investigadores, docentes, alumnos, directivos y observadores del espacio escolar a llevar adelante el acto de revisitar la mirada sobre la escuela desde cada una de sus posiciones, con el objeto de no quedarnos reflexionando nostálgicamente sobre el pasado, sino recuperarlo para entender las experiencia y prácticas del día a día escolar y no seguir esperando que sucedan aquellas cosas que el avance del tiempo y de las condiciones de nuestro contexto no nos devolverán, entonces sin vivir un “*presente perpetuo*” volver a mirar continuamente las situaciones escolares actuales.

Notas

¹ Cuando la autora se refiere a observadores lo hace teniendo en cuenta que éste puede ser interno (por ejemplo los docentes, directivos, alumnos) o externo que más allá de no formar parte de la cotidianeidad de la vida escolar, al insertarse como observador en el acto de revisitar se constituye en parte del espacio escolar.